Secretos de la manigua

Sandra Jaramillo

Capítulo 1

Secretos de la manigua

Índice

Introducción

Encuentro

La noche

Introducción

Tan amplia como la misma Amazonía, son la cantidad de leyendas que aún se escuchan en los resguardos de esta maravilla de la naturaleza, y sus cientos de historias, fueron la musa inspiradora para recrear mi obra.

Aparte de de las leyendas, Secretos de la manigua se desarrolla en torno al pueblo Ticuna que habita el Trapecio amazónico. Los Ticuna, son una tribu rica en cultura y peculiares costumbres.

Encuentro

La misteriosa jungla con todos sus meandros y escondrijos, encubre sigilosa leyendas impregnadas de horror y sortilegio. Aquel aventurero que logra develarlas, generalmente no vive para contarlas, y si lo hace, nadie le cree su relato.

Sus interlocutores piensan que se trata de un hombre que ha perdido el juicio, que lo único que hace, es inventar cuentos para llamar la atención. Incluso algunos, tienen la desfachatez de tildarlo de chiflado.

Eso fue precisamente lo que le sucedió a mi abuelo, al que todos en la familia apodaban el loco. Sin embargo gracias a su carácter, él jamás dio importancia a las habladurías de la gente; aquel hombre era todo un sabio, y desde niño tomó la decisión de vivir a su manera.

Él fue mi héroe y mi maestro, yo me extasiaba durante horas escuchando sus historias, las cuales para mí eran tan reales como él mismo.

A mi viejo le cambiaba la mirada al regresar a sus años mozos, mientras narraba sus hazañas de juventud. Cada una de sus frases se entrelazaba una con otra, y al unirse formaban un ciclón de increíbles sucesos que me transportaban a un inusitado universo cargado de aventuras.

Fueron tantas las veces que le pedí a mi abuelo que me narrara la historia de "Curupira", que sus palabras quedaron atesoradas en el equipaje de mis reminiscencias para siempre.

Recuerdo con nostalgia como mi viejo describía a ese ser pequeño y deforme, con rasgos de indio, cabello de fuego y pies volteados hacia atrás, el cual conseguía hacerse invisible para salvaguardar la selva.

Tal vez gracias a todas esas "leyendas" como las llamaba mi padre, fue que llegué hasta el corazón de la selva, por invitación de mi amigo Pedro.

Pedro era el orgullo de su tribu, un hijo de los Ticuna, los llamados pieles negras descendientes de Nutapa. Este nativo logró conquistar la ciudad, esa jungla de cemento y concreto en donde el aire es pesado y denso a causa de eso que llamamos progreso.

Gracias a su talante, él sobrevivió entre el hombre blanco, ese animal feroz que combate diariamente por su supervivencia, y que en ocasiones, aniquila a sus congéneres por razones absurdas que ni él mismo comprende.

A pesar de nuestras diferencias, Pedro y yo éramos grandes amigos, de esos que con el tiempo terminan siendo como hermanos. Gracias a él, hoy abrazaba la dicha de efectuar esta extraordinaria travesía sobre las torrenciales aguas del río Amazonas.

Para un citadino como yo, este viaje se había convertido en todo un suceso; el poder convivir por un par de días con los Ticuna, era un privilegio que pocos poseían.

– ¡Bienvenido al pulmón del mundo, tierra del boto y la anaconda! –fueron las palabras de Pedro al descender del avión.

A partir de ese momento, Pedro se puso en la tarea de enseñarme todas las intimidades de la Amazonía.

–Estás a punto de develar los secretos de la manigua. –Me dijo al abordar la lancha que nos conduciría hasta su aldea.

Mi amigo comenzó haciéndome una minuciosa introducción, sobre todas las maravillas que nos envolvían. Con cada una de sus anécdotas, sus ojos color azabache brillaban de gozo por esa tierra que lo vio nacer; reflejando la alegría que le producía regresar a su hogar. Sus palabras se convertían en frases, que a su vez se transformaban en un sinnúmero de historias, que me llevaban lentamente a los confines de la selva.

Yo escuchaba atento las acotaciones de mi guía, mientras él paladeaba pausadamente las frases que emergían de su boca; todas ellas colmadas

de orgullo por ese imponente territorio, una perfecta obra de la naturaleza.

Varias veces Pedro hizo parar la lancha para mostrarme alguna de las especies que moran en esa área del planeta, son tantas y tan diversas, que ni la misma manigua sabe a ciencia cierta cuántos seres la habitan.

A medida que nos internábamos en las entrañas de la inconmensurable selva Amazónica, todo mi ser iba entrando en una especie de transe con cada bocanada de aire fresco que inhalaba; mientras la sangre corría vertiginosamente por mis venas y el corazón galopaba emocionado.

El astro rey se deslizaba a hurtadillas entre el espeso follaje de los árboles, para acariciar las aguas del colosal río Amazonas; caudaloso y profundo torrente de aguas oscuras, punto de encuentro de centenares de afluentes, que le dan vida a esta maravillosa obra de la naturaleza.

Mis sentidos atentos y vigilantes, no deseaban perderse el más mínimo detalle de esa alucinante expedición a las entrañas de la bien ponderada: ¡Maravilla de la naturaleza!

De un momento a otro en medio de la travesía, Pedro gritó emocionado y le ordenó al lanchero que se detuviera.

– ¡Un boto! –repetía una y otra vez.

– ¿Boto? –inquirí yo tratando de vaticinar qué cosa era.

Desde nuestro arribo al Amazonas, esa era la segunda vez que le escuchaba citar a Pedro ese vocablo.

Cuando la lancha se detuvo por completo, descubrí que se trataba de un delfín rosado, una especie en vía de extinción debido a la mezquindad del hombre.

Pedro y el boto se sumergieron en un instante de plenitud, emocionados con el inesperado encuentro.

–Esa mi querido amigo, ha sido una señal de buenos augurios para una aventura que te conducirá al pulmón del mundo, en el corazón de la selva –me dijo Pedro al reanudar la marcha.

En esa basta jungla, tan monumental que no existe ojo humano capaz de abarcar su descomunal paisaje, las ansias de aventura se hacían cada vez más fuertes.

Bajo los incandescentes rayos del sol, corría intrépido el majestuoso torrente de agua dulce, exótico manantial de múltiples matices y

fragancias.

Entre sus oscuras aguas, alcancé a ver un cardumen de peces nadando en contra de la corriente; por primera vez en mi vida, tuve la fortuna de observar de cerca una sinuosa y voraz anaconda acechando a su presa, y a uno que otro caimán, reposando cerca a la orilla.

Me divertí como un chiquillo, intentando descubrir dónde se encontraban los monos que jugaban entre los árboles, y divisando las hermosas y coloridas guacamayas que volaban sobre nosotros.

Este éxodo era una oportunidad única, un viaje a los umbrales de la tierra, en donde la imaginación no tiene límite y los sentidos se desbordan ante la inmensidad de ese grandioso nirvana. Era una experiencia incomparable, que forjaba dulcemente una huella indisoluble en cada partícula de mi ser.

Luego de más de dos horas de travesía sobre las oscuras aguas del río Amazonas, nos internamos en una jungla a donde solo asisten veteranos trotamundos.

Finalmente, la lancha atracó frente a la aldea donde moraba la tribu Ticuna.

Tan pronto se percataron de nuestro arribo, los nativos salieron a darnos la bienvenida. ¡Por fin se producía mi anhelado encuentro con los descendientes de Nutapa!

En medio de una enorme algarabía, en donde no comprendía una sola silaba del incesante parloteo de mis anfitriones, alcancé a escuchar el famoso término que me había perseguido desde mi llegada. En ese instante comprendí, que “Boto”, también era el nombre indígena de mi enigmático compañero Pedro.

La noche

Con el descenso del sol llegó el crepúsculo, la tribu entera revoloteaba de un lado para otro, preparándose para la ceremonia que estaba por comenzar; todos incluyendo a Pedro o al Boto, como ellos lo apodaban, se ataviaron con sus galas tradicionales.

En medio de una jungla colmada de olores y murmullos, donde se avivaban todos los sentidos, se dio inicio a la fiesta de bienvenida frente a las aguas del río Amazonas; las mismas que no solo dan vida a estas tierras, sino que también guardan con recelo sus más íntimas historias.

La noche transcurrió entre magia y colorido, con hombres enmascarados que evocaban a extraños seres mitológicos. El entorno estuvo decorado

por un monumental cielo nocturno que se había vestido para la ocasión, adornándose con una plateada luna llena, cuyo fulgor le robaba esplendor a las estrellas de la infinita bóveda celeste.

Por un momento me aparté del jolgorio, para apreciar a solas la imponencia de la selva que me aislaba del mundo exterior.

A orillas del Amazonas hipnotizado por el encanto de sus aguas, logré toparme con mi esencia y formar parte de un grupo; de una particular tribu donde todos sus integrantes se conocen, y asumen roles determinados para asegurar la subsistencia de todos.

– ¿Te sucede algo? –preguntó Pedro que había ido en mi búsqueda al notar mi ausencia.

–No es nada –respondí.

Aprovechando que estábamos solos, le hice una pregunta que daba vueltas en mi cabeza desde hacía rato.

– ¿Por qué te llaman Boto?

–Es una larga historia –contestó.

–Cuento con todo el tiempo del mundo – dije de inmediato.

–Mi origen es un poco extraño –inició Pedro su relato. –Mi madre era una joven Ticuna a la cual le estaban celebrando su fiesta de pelazón. Es un ritual en donde la niña se transforma en mujer. La ceremonia transcurría sin ningún contratiempo, hasta que finalizó el acto de purificación y mi madre fue arrojada al río como es costumbre. Enardecidos por la euforia del festejo, ninguno de los presentes se percató de la presencia de un boto que la aguardaba oculto cerca a la orilla. Tan pronto ella tocó el agua, el delfín la subió sobre su lomo y la raptó frente a la mirada de todos. Al día siguiente ella regresó a la aldea y nueve meses después nací yo. Mi madre murió en el parto y yo fui criado por el Curaca y su esposa. Todos en la tribu aseguran que soy hijo del boto, ya que mi madre nunca conoció varón, y por esa razón me adjudicaron ese apodo.

Cuando Pedro terminó su relato, regresaron a mi mente las aventuras que de niño me narraba mi abuelo con el deforme Curupira.

Mi amigo y yo regresamos a la fiesta sin decir una sola palabra más, yo preferí guardar su historia en el baúl de mis recuerdos, y dedicarme a disfrutar del resto de la velada.

Pasada la media noche nos retiramos a nuestros aposentos. Cada uno se acomodó en una hamaca, disponiéndose a descansar después de un largo

día. Era la primera vez que dormía en hamaca, de manera que me costaba trabajo conciliar el sueño, sin embargo cerré los ojos para tratar de dormir un poco.

Mientras la tribu yacía en sus lechos, la selva cobraba vida dando lugar a una inusitada sonata. Los desgarradores chillidos de los monos, se cruzaban con el quedo murmullo de los árboles mecidos por el viento, acompasados por las disímiles tonalidades de los insectos y las ranas.

Todo mi ser comenzó a volar rápidamente, como aquellos murciélagos pescadores que salen en las noches y planean velozmente a ras del agua en busca de alimento.

De pronto, algo interrumpió mi chamánica experiencia; se trataba de Pedro que salía a hurtadillas en dirección al río convencido de que yo dormía.

Como un escurridizo jaguar husmeando a su presa, salí detrás de él, y ocultándome entre los árboles, observé cada uno de sus movimientos.

Al llegar a la orilla, Pedro se despojó de su ropa y comenzó a sumergirse en el río.

Por arte de magia producto de un antiguo sortilegio que había sido conjurado años atrás, su cuerpo fue cambiando de forma a medida que se adentraba en el agua, hasta que finalmente, se transformó en un increíble delfín rosado.

En ese momento, emergió de las aguas otro cetáceo que aguardaba su llegada y salía a su encuentro.

Con una fascinante danza de saltos y giros en el aire, en la que se expresaban uno al otro la emoción de ese abrasador encuentro, los dos se proporcionaron un afectuoso saludo después de varios meses de ausencia.

¿Quién era aquel delfín que había estado esperándolo? Tal vez se trataba de su padre que venía a visitarlo o quizás era aquella misteriosa amante, de la que tantas historias me había contado Pedro.

Realmente eso era lo que menos me importaba en ese instante. Al igual que mi abuelo al que todos apodaban el “loco”, yo acababa de convertirme en uno de los pocos afortunados, que tienen el privilegio de descubrir uno de los miles de secretos que atesora la manigua; pero a diferencia de mi viejo, esta era una revelación que debía guardarme hasta la tumba.

Concentrado nuevamente en la escena que estaba presenciando, me quedé ahí, inmóvil y en completo silencio, mientras observaba a mi amigo Pedro, “el Boto”, alejarse con su duplo río arriba, dejando un cadencioso eco en el ambiente.

Secretos de la manigua

Obra registrada en el:

Ministerio del Interior□

Dirección Nacional de Derecho de Autor□

Colombia□

www.sandrajaramillo.co

Prohibida su reproducción total o parcial

por cualquier medio, salvo autorización de la escritora

Reservados todos los derechos de edición a favor de: Sandra Jaramillo